

ción lucrativa que le proporcionase recursos, apartando así de ella todo motivo de vergüenza y de él todo indicio de deslealtad.

Para distraerse y acallar tan penosas reflexiones holgó con sus amigos como lo hemos visto, se expresó de la extraña manera que lo hemos oído, y fué después á buscar la paz y el halago junto á la hermosa compañera, que era, al mismo tiempo, el manantial de sus venturas y la causa inocente de sus preocupaciones é inquietudes.

CAPÍTULO VII

Dolce far niente

Pacotillas no estaba ese día de humor de levantarse. Su temperamento nervioso, su afición al café fuerte, su propensión á trabajar de noche, producíanle frecuentes insomnios; era rarísimo que lograra cobrar el sueño antes de media noche, y no muy raro que le amaneciera sin haber pegado los ojos. En tales ocasiones desquitábase, pasándose gran parte de la mañana, ya durmiendo, ya dormitando, ya simplemente yaciendo entre las sábanas en perezosa actitud.

Esa mañana fué una de tantas en que el insomne estudiante no quiso dejar las ociosas plumas. Habían dado ya las nueve, la pieza estaba inundada de luz, y Pacotillas, después de bostezar, abriendo enormemente las mandíbulas; después de desperezarse, tendiendo desmesuradamente los brazos, apoyó una de las almohadas en

la cabecera del catre, se reclinó en ella, cogió un cigarro de los que al alcance de su mano tenía, sobre el buró, y, encendiéndolo, comenzó á fumarlo; en seguida tomó un libro que sobre el mismo buró había, leyó largo rato, y después, sin quitar la vista de las páginas, gritó:

— ¡Amalia!

— ¡Flojo! ¡hasta que despertaste! — dijo, entrando precipitadamente, con tono lleno de jovialidad, la hermosa muchacha.

— Si ya hace más de media hora que desperté; he repasado toda la lección de esta tarde.

— ¿Ya quiere su desayuno mi perezoso? — dijo Amalia, con mimosa entonación, acercándose al lecho, y arreglando con una de sus blanquísimas manos la alborotada cabellera de su compañero.

— Cuando guste, mi reina, — exclamó el flojo aquel, dejándose acariciar y acabando la frase con un bostezo.

Amalia salió apresuradamente, y mientras volvía, el joven encendió otro cigarro y reanudó su lectura.

La recámara en que el estudiante se desperezaba tan á su gusto, ofrecía un aspecto muy distinto del tugurio miserable en que conocimos á la hermosa pareja. No diremos que fuera una alcoba suntuosa, pero á lo menos era una pieza limpia, risueña, llena de luz, provista de los indispensables muebles y bastante cómoda, sobre todo para los que acababan de dejar la sórdida vivienda de la calle de Juan Carbonero.

La suerte había tenido para Pacotillas una sonrisa fugaz, y tanto más placentera para él, cuanto que le había perseguido mucho tiempo con su adusto ceño.

Haría como dos meses que tuvo la buena suerte de sacarse la lotería. Por desgracia, no fué un capital el que alcanzó, pues como el pobre no podía permitirse el lujo de derrochar algunos duros comprando un billete de los que prometen veinte ó cincuenta mil pesos, hasta en el momento de mayor generosidad fué la suerte avara con él, y premió tan sólo con trescientos pesos el gasto de un real, que, en aras de la ciega divinidad, había sacrificado el pobrísimo estudiante.

Sin embargo, tal suma fué para Pacotillas una opulencia, una bendición; nunca había sido tan rico, nunca había sido dueño de tanto dinero. Poco faltó para que él y Amalia se volviesen locos de júbilo; inmediatamente determinaron buscar una casita agradable, adquirir los muebles más necesarios y surtirse de prendas de vestir.

Suele suceder que á un suceso bueno siguen otros, y así le pasó á Paco. Un editor de periódico se prendó de los talentos del joven, de su frase enérgica, de su nervioso estilo y lo hizo redactor de planta, retribuyéndole con cuatro pesos semanarios, lo cual fué para el joven un oportuno incremento de sus escasos recursos.

Doce pesos que ganaba en el hospital, diez y seis en el periódico, otros doce que adquiría, ya dando lecciones particulares, ya sustituyendo en las guardias á sus compañeros de hospital, hacían la suma de cuarenta pesos mensuales, que á este joven, acostumbrado á penurias y escaseces, le parecía pingüe.

Pudo, pues, proporcionar á su Amalia algunas comodidades, entre otras, la indispensable de ponerle una criada.

Saboreaba Paco el humo del cigarro entregado á gratas cavilaciones, cuando entró Amalia llevando en las manos una charola que contenía: una jarrita, que lanzaba visible columna de vapor, dos vasos con sus respectivos platos, cucharas, cuatro blandos y apetitosos bizcochos, y varios terrones de azúcar.

Llegado que hubo Amalia á la orilla de la cama, enderezóse Paco, tomó la charola de manos de aquella bellísima sirvienta, mientras que ella acercó una mesita, y, sentándose sobre el mismo lecho, extendió sobre la pequeña mesa una servilleta muy limpia; puso sobre la servilleta uno de los platos con su correspondiente vaso, y, después de servir á Pacotillas del café con leche, que henchía el blanco vientre de la jarra, se sirvió ella misma, y empezó á desayunarse con buen apetito y mejor humor.

— ¡Pobrecita güera! empeñada en no desayunarse hasta que yo lo haga; la verdad, yo no sería tan patriota.

— Porque usted es un egoistón, incapaz de molestarse por nadie; á mí no me sabe comer sola.

Con visible apetito, apuraban su desayuno aquellos jóvenes. El se sentía muy feliz: amado, acariciado, complacido, servido por una muchacha tan linda, y sin nada que le inquietase, no se hubiera cambiado en aquel momento ni por el presidente de la república.

— ¿A que no sabes, güerita, en qué estoy pensando?

— Como no sea en que *salaste* al hospital, no se me ocurre qué pueda ser.

— Pues ni me acuerdo de eso; ahora que estamos en la opulencia, pensaba en nuestros días de penuria; en

aquellas mañanas en que tenía que levantarme, contra toda mi voluntad, sin llevar antes á la boca un mal mendrugo; entonces sí tenías que desayunarte sola muchas veces, y eso cuando había qué, lo que no era la regla.

—No te acuerdes de eso, me vas á poner triste. ¡Ah! Antes que se me olvide: te trajeron pruebas, las quieren luego, pues dicen que á las doce empiezan á tirar.

—Pues mientras ellos tiran, yo me estiro.

—¡Jesús, qué perezoso eres! ¡Dios te haga millonario para que flojees á tu gusto!

—¡Qué quieres que haga! Pasé muy mala noche, llevo más de quince días de madrugar, y hoy se me ha antojado pasar una mañana de rico. Hasta las once no tengo nada que hacer, son las diez y cuarto, —dijo, sacándolo de debajo de la almohada, y viéndolo, un relojito de plata, —conque tenemos tres cuartos de hora de tertulia.

Habiendo terminado el frugal desayuno, Amalia, con la prontitud de movimientos que le era habitual, se disponía á llevarse la charola y demás trastos; cuando Paco, adivinando su intención, la tomó por un brazo y le dijo:

—¡Quietecita! ya que hemos llenado el cuerpo, vamos á vaciar el alma; charlemos, platicame, cuéntame aunque sea un cuento, dime lo que te pasa, lo que sientes, lo que temes.

— ¡Qué he de temer! que te vayas á enfermar, que el mucho café que tomas te vaya á hacer daño, — y tirando suavemente, como para desprenderse de su amante que la retenía, agregó:

— Déjame llevar eso.

— Déjalo allí, ya sabes que soy amigo del desorden; después de haberme saciado, me gusta contemplar los despojos del festín.

— Pues si á esto le llamas festín, eres capaz de llamarle elefante á una mosca; tú vives de soñar.

— Pues es la única manera de vivir: ¿no sabes que en esta vida todo es sueño? A propósito, ya sé con qué nos vamos á entretener, busca el Teatro Español Escogido, y vamos á leer «La Vida es Sueño.»

— ¡Buenas horas de leer! — dijo Amalia, — lo que has de hacer es levantarte, ó á lo menos estudiar algo de provecho.

— ¡Ay hija! por más que hago para ilustrarte, no sales de tu paso, — dijo el estudiante en tono de cariñoso reproche, y, acariciándola suavemente, agregó: — No seas tontita, no todo ha de ser Patologías, que ya me tienen harto con descripciones de miserias y con interminables listas de dolores. Además, todo es estudiar, y pocos estudios son de más utilidad que los que escudriñan las obras maestras de la literatura; ellas engrandecen el alma y nos hacen vivir en luminosas esferas, alejándonos de esta realidad vulgar, que si no nos hiere nos ofende, y cuando no nos ofende nos molesta, ó al menos nos incomoda.

Fuérame dado reproducir el hermoso é interesante cuadro que en ese momento formaban aquellos jóvenes. Pacotillas, tan enemigo de la realidad, no tenía razón entonces para quejarse de ella. El estudiante estaba recostado sobre el lado izquierdo, apoyaba el codo del mismo lado sobre las almohadas, mientras que su brazo

derecho ceñía cariñosamente el talle de la joven, que estaba sentada en el borde de la cama. ¡Qué hermoso contraste formaban la tez morena del estudiante y la blanquísima de Amalia, la oscura y desarreglada cabellera del uno con el cabello rubio y sencillamente peinado de la otra; el desorden y descuido de Paco con el pulcro atavío del traje y persona de Amalia! Ella le oía con profundo interés y casi absorta; no porque no le entendiese, que muy bien le entendía, ni porque fuese ignorante, que no lo era, sino porque la palabra de su amante ejercía sobre ella un encanto singular.

—Es estudio de los más provechosos,—siguió diciendo el joven,—admirar las creaciones bellas, ya sean obra de la naturaleza, ya del arte. Yo estudio cuando leo una poesía hermosa, cuando contemplo una estrella ó una flor, ó sencillamente cuando te veo y encuentro en tí fragancias de flor, fulgor de estrella, líneas de estatua y esencia de poesía.

—¡Burlón! —exclamó Amalia, riéndose entre mortificada y satisfecha,— ¡vaya una salida! andar por las estrellas, por las flores, para venir á rematar en mí; ¡ya no me admira que conviertas en elefante á una mosca, cuando me conviertes á mí en un astro!... ¡ah! ¡qué hombre! —agregó, terminando su exclamación con una carcajada fresca, sonora, vibrante, que llenó de argentinas notas el ámbito reducido de aquella alcoba, que era en aquel momento el más poético y tibio de los nidos.

—Al grano, mi incrédula,—dijo Paco,—que por una costumbre ó muletilla de enamorado, llamase como quiera

que fuese á Amalia, le aplicaba el posesivo de la primera persona del singular.—Venga ese Teatro Escogido, vamos á celebrar una velada literaria, que tendrá de notable verificarse por la mañana, sin velas ni desveladas.

Amalia se dirigió á la pieza contigua, volviendo á poco con un librote, que, al salir de la librería, debió ser muy elegante; pero el tiempo inclemente le había despojado del dorado de los cantos, y la polilla bibliófila había abierto en él no pocos túneles y galerías, que le atravesaban de parte á parte, haciendo casi ilegibles muchas páginas.

—Toma tu *in folio*,—dijo Amalia entregándoselo,— ¡cuánto pesa! con un poco más, tu Teatro Escogido sería tan grande como el teatro nacional.

—¡Si no lo quiero, ignoras lo mejor de mi programa! tú eres la que me vas á leer, yo me arrellanaré cómodamente, haciendo de auditorio; con que anda, mi chiquilla, á ver cómo acomodas el librote en tus manecitas.

—¡Dios me libre!—dijo Amalia, haciendo un mohín encantador.—Si yo no sé leer, cómo te burlarías de mí.

—¡No te hagas! lees muy bien, tienes una vocecita muy dulce, que duplica el encanto de la lectura, para el que oye, por supuesto.

—¡Burlón! Ahora menos te leo.

—Anda, lee, no seas mala; si te empeñas en que lees mal, créelo así, pero no me prives del gusto de oírte.

—Te leeré, pero con una condición, que me has de corregir, y además...

—¡Alto! Ya esa es otra condición.

—Pues que sean dos, la segunda es que no me veas.

— Si difícil es cumplir la primera, imposible me parece la segunda.

— Pues entonces no habrá lectura,— dijo Amalia, dejando resueltamente el libro sobre la cama.

— ¡Que la haya, que la haya! Y para que quedés satisfecha, préstame un pañuelo.

— Toma,— contestó Amalia sorprendida, presentándole uno.

— Pues, ahora, véndame los ojos.

— ¡Qué malo eres! ¡Y yo que de tan buena fe te daba el pañuelo!

— Anda, siéntate y lee.

Amalia desocupó la mesita, acercó á ella una silla, sentóse, tomó el gran volumen, y, apoyándolo en la mesa, abrió sus páginas, buscó la que contiene *La Vida es Sueño*, y al querer leer la primera escena, dice: — Hipo, Hipogri...;— se llena de rubor, hace graciosísimas contorsiones, tose, ve para un lado y para otro, y, al fin, exclama: — ¡Ya ves, si no puedo! esa palabra es muy enrevesada. «Hipógrifo violento.»

— «Que corriste parejas con el viento...» — dijo Paco, declamando ridiculamente,— ¡adelante, que ya no habrá tropiezo!

Venciendo su mortificación, comenzó Amalia á recitar los primeros pareados de la imprecación extraña y de mal gusto que Rosaura dirige á su desbocado bruto; á poco andar, la lengua de Amalia, no acostumbrada á caminar por aquellos peñascos, vuelve á tropezar, y dice:

— «Donde tengan los brutos su Fae...» ¡Oh, no entiendo!

— Mi niña no se atonte:

«Donde tengan los brutos su Faetonte.»

— ¿Y qué es eso de Faetonte, hombre?

— Es el auriga, *güera*,
Que al áureo sol conduce por la esfera.

Cuando Paco pronunció estos versos chavacanos, queriendo imitar, en la medida y combinación de rimas, la escena que leían, vióle Amalia con atónitos ojos, como si pidiera explicaciones.

— Bien se conoce, en tu tipo y aspecto románticos, que no eres ducha en alusiones clásicas,— dijo Paco, remediando el tono grave de un dómine pedante, y agregó: — Faetonte, era en la mitología griega, nada menos que el hijo del sol, y habiéndole un día permitido su padre guiar el dorado carro, no pudo regir la fogosidad de los caballos, fué derribado, y originó una catástrofe que estuvo á punto de quemar todo el cielo.

— ¡Ah, vaya! — dijo la lectora muy satisfecha con la explicación, y siguió leyendo.

No hubo ya tropiezo ni dificultades, los fluidísimos versos del gran poeta se deslizaban, como por natural y propio conducto, á través de los labios de la muchacha; la cual llegó al fin al punto en que, cambiando el poeta de medida, pone en boca de Segismundo aquellas magníficas y cinceladas décimas, en que el secuestrado príncipe lamenta su condición mísera, y demanda á los cielos su perdida libertad. Las sonoras estrofas, vaso de oro de grandes y hermosos pensamientos, se apoderaron poco á poco del ánimo de la joven, que olvidando completa-

mente su mortificación, las leyó con tal maestría, que, al llegar á la que acaba diciendo:

«Que Dios le ha dado á un cristal,
A un pez, á un bruto y á un ave,»

Paco la interrumpió con aplausos entusiastas y le dió un abrazo apretado.

— Tú te burlas despiadadamente de mí, — exclamó Amalia, muy mortificada, — ahora sí ya no te leo más.

— ¡Palabra de honor que no me burlo! — le dijo Pacotillas con la mirada radiante de entusiasmo. — Te digo con verdad, que nunca he saboreado como ahora la dulzura de esos versos mágicos; es la primera vez que oigo, entre vibrantes y argentinas notas, esos magníficos acentos de la desventura humana. Francamente, Amalia, esos pasajes deben ser leídos por una mujer; pero no por una mujer cualquiera, sino por la que tenga como tú el corazón sensible, el alma soñadora y una voz melodiosa, de timbre angelical y dulcísimo.

— Chist, — dijo Amalia poniendo su mano en la boca de su amante, como si quisiera oponer un dique al desbordado torrente de la frase encomiástica y lisongera de éste. — Tú necesitas una mordaza, de que te da por halagar, por enaltecer, por glorificar, es cosa de taparse los oídos, ó de taparte la boca; y es que este niño, — agregó mesándole suavemente los cabellos, — tiene la mala costumbre de verlo todo á través de su exaltada fantasía.

Firmóse el armisticio. Convínose en que Paco sería mudo como una piedra, reprimiendo sin piedad cualquier inoportuno arranque de entusiasmo. Amalia se reservó el

derecho de interrumpir, siempre que su vivaracha é infantil imaginación le sugiriese alguna duda, alguna reflexión pertinente, ó tal ó cual comentario.

Paco estaba absorto: á veces oía con atención suma, otras veces se dejaba simplemente arrullar por el apacible rumor de aquella voz querida, y no pocas se fijaban sus miradas con avidez en la persona de su amada.

Complaciase entonces en contemplar el acompasado movimiento del seno, la imperceptible dilatación de las ventanas de la nariz de Amalia, y los encantadores movimientos de sus labios; otras veces, para oirla mejor cerraba los ojos, y entonces la niña decía con enfado:

— ¿Ves? ya te estás durmiendo. Para eso quieres que te lea, lirón, marmota...

— Si no me duermo, sino que así te oigo mejor.

— Pues abre los ojos, — y entonces Paco los abría desmesuradamente, clavándolos en ella.

— Pero no me veas.

— Pues entonces qué hago con mis pobres ojos, si los cierro malo, si los abro idem. ¡Vaya! ya encontré el término medio, abro uno y cierro otro.

Y diciendo y haciendo, cerró uno de los ojos, haciendo tal visaje, que la lectora se puso á reír con el mejor humor del mundo.

— Este señor no tiene remedio, es mejor no hacerle caso.

Y dichas estas palabras prosiguió Amalia su lectura, que ya de veras le interesaba. Solía intercalar, de cuando en cuando, como si las dijera al paño, ciertas exclamaciones, que expresaban la impresión que en aquellos

momentos la dominaba, tales como: ¡ay pobre! ¡qué malos! ¡ay Dios! y otras análogas.

Su oyente estaba encantado, le deleitaba contemplar á su hermosa lectora, causándole gran satisfacción la viva sensibilidad y la clara inteligencia de Amalia, que entendía las alusiones á veces oscuras del texto; la ingenuidad y el candor de las exclamaciones de la joven divertían á Pacotillas lo que no es decible.

— Pobre niña, — pensaba, — cuán superior es á tanta muchacha vacía de su edad. Yo jamás debería quejarme de mi suerte, pues, poseyendo el tierno corazón de este ángel, el mismo mal se trueca en bien, y la amargura en deleite.

Por muy grande que fuera la voluntad de Amalia, y el interés que en ella había despertado la lectura, su organización delicada protestaba contra aquel largo ejercicio de la voz. Al llegar al final del primer acto ya no podía más, su voz comenzaba á perder el timbre argentino y á enronquecerse. Sin embargo, concluido aquel acto, quiso *incontinenti* pasar al segundo. Pacotillas se vió obligado á interrumpirla.

— Descansa un poco, ahora toca echar el telón, estamos en en el entreacto, déjame fumar un cigarro.

Como lo dijo, Paco encendió un cigarro, y recostóse en la almohada. Amalia acercó más la silla en que estaba sentada, hasta ponerla en contacto con la cabecera del lecho, pasó el brazo derecho detrás de la nuca del estudiante, y con la mano correspondiente le acariciaba la cabellera.

Los dos callaban, y sus almas, sostenidas por las alas

de la contemplación, vagaban por ideales mundos. La recámara, en que tan plácidamente divagaban, pertenecía á una de las muchas viviendas de una gran casa de vecindad, daba á la calle, y desde el lugar en que los amantes estaban se veía la acera de enfrente, ocupando como la mitad del claro de la ventana; por encima de la pared desarrollábase el cielo purísimo y bañado en luz en esos momentos. Mágico efecto óptico producía la pared cenicienta, acariciada oblicuamente por los rayos del sol que se acercaba al meridiano, destacándose sobre el fondo azul y deslumbrador del cielo de medio día.

Llegaba hasta la pieza el confuso y heterogéneo ruido de la calle, que, con su monótono rumor, arrullaba el oído y predisponía el ánimo al éxtasis. Sonidos estridentes y vivos rompían de súbito el rumor habitual, destacándose sobre él como sobre un fondo gris los colores chillones: eran las penetrantes é inarmónicas voces de los vendedores de cabezas, ó de las indias herbolarias, ó el ruido estrepitoso y desigual de los coches, ó el grave, pesado y uniforme de los tranvías, combinado con el metálico retintín de los cascabeles, y entrecortado á veces por el repentino repicar de la campanilla, seguido del confuso estruendo que produce el tren al pararse.

Los jóvenes callaban adormecidos por el rumor que oían, acariciados por la meridiana luz que los bañaba, absortos en la emoción que sentían, y entretenido el ánimo en unir, con el hilo de oro de la reflexión, las brillantes ideas que lucían en los sonrosados horizontes de su mente. Pacotillas pensaba en Amalia, su buena y cariñosa compañera, serena en los días tristes, risueña

en los plácidos, siempre bella á sus ojos y grata á su corazón. Le admiraba sentirse tan satisfecho: las dudas sombrías, las inquietudes penosas, los torvos ímpetus de la desesperación se habían disipado por completo, y la ventura irradiaba en su alma, como la luz en el cielo espléndido que desplegaba encima de la ventana su regio manto azul.

Amalia pensaba en Paco, sentíase como él llena de ventura, henchida de felicidad; también su alma estaba en aquel momento iluminada y tibia como aquella mañana del mes de Mayo, que hacía desfilas ante los amantes el cortejo triunfal de aquellos momentos de amor tranquilo y satisfecho, de tierna intimidad, de dulce y entretenida plática.

Como nube de verano, que entolda súbitamente el cielo, cruzó por la mente de la joven una idea aterradora. Al contemplar la palidez de su amante, que, para soñar mejor, había cerrado los ojos, se le figuró que el joven estaba muerto, y no pudo contener un grito de espanto.

—¿Qué tienes?—dijo el joven, incorporándose brusca-mente.

—Una visión, te pusiste muy feo, se me figuró que te habías muerto.

—¡Qué disparate! Nunca me he sentido con más vida; tranquilízate,—añadió en tono de zumba,—cuando me muera te lo aviso.

—¡Oh, no te burles!

En aquel momento la campana mayor de la Catedral, que daba las doce, llenó los aires con su grandioso son; oyóse luego animado y gentil repiqueteo, como si una

parvada de alegres y canoras aves hubiese tendido de repente el vuelo.

—¡Jesús, las doce!—exclamó Paco tratando de levantarse,—basta de *dolce far niente*.

CAPÍTULO VIII

“La Bandera del Progreso”

Nos sirve de título, el mismo que el señor General don Juan López aderezó en las profundidades de su magín, para nombre de un periódico que quería fundar. Así como al bautizar á un chico, ya que es fuerza ponerle un nombre, se le escoge alguno sonoro, retumbante ó poético; cuando se funda un periódico conviene ponerle un título llamativo y altisonante. No caviló más Don Quijote, cuando, al adoptar la escabrosa profesión de la andante caballería, esforzó el meollo para acomodar sendos nombres á él y á su asendereada cabalgadura, que lo que caviló el buen General para encontrar un título á su gusto para la publicación periódica que proyectaba.

Pensó en unos y los desechó, pensó en otros y los desechó igualmente. *La Luz, El Faro, El Sol*, parecieronle, aunque nombres de cosas radiantes y grandiosas, vagos, muy llevados y traídos, y poco adecuados á su propósito. *El Porvenir, La Libertad, El Ideal*, y otras palabras abstractas desfilas por su cacumen sin merecer los honores de la elección. Por último, desilusionado de los nombres simples, creyó obrar con mejor acuerdo forjan-